VERANO 12

LAS TONINAS

(Por Sergio S. Olguín) Era un departamento chiquito, con una sola ventana que daba a un patio interno siempre oscuro. Había que salir a la calle para saber si había o no sol. Tratábamos de estar la mayor parte del tiempo en la playa. Volvíamos cerca del amanecer, hacíamos el amor y apenas dormíamos. Desde el primer día ella se sintió mal: tenía un poco de fiebre y había vomitado un par de veces. Eran los mismos síntomas de dos años atrás, cuando todavía nos queríamos y planeábamos irnos a vivir juntos.

Hacía tres meses que nos habíamos peleado. La discusión a gritos en la vereda de su casa, su intento de pegarme un paraguazo y mi descalificadora patada a la puerta, fueron las gotas que rebasaron el vaso. Triste final para un noviazgo que se había eternizado. Nos volvimos a ver tres semanas más tarde, un poco avergonzados por nuestra última escena y con un deseo por el otro inversamente proporcional a las ganas de seguir estando juntos. Fuimos a un hotel; lo mismo hicimos a los quince días, y a la semana siguiente y a la siguiente. Ninguno de los dos sabía qué hacía el otro, con quién andaba. No había preguntas ni confesiones. Cuando llegó el tiempo de las vacaciones fui yo el que dijo de irnos juntos. Había sido un año duro: se había disuelto mi grupo y cada vez tenía menos alumnos de piano. Apenas tenía unos pesos para irnos y no sabía qué iba a ser de mí al regreso.

Fue al quinto día de estar en Las Toninas cuando se hizo el test y confirmó lo que sospechábamos. Me lo dijo con la misma tranquilidad de la otra vez, con el mismo gesto resignado.

–Vamos a tener que conseguir novecientos dólares –me dijo.

Contamos lo que nos quedaba para los diez días siguientes: cuatrocientos dólares. Sólo había que conseguir quinientos. Todos mis amigos estaban en la lona. Ella casi no tenía amigos y su familia estaba más quebrada que nosotros. Mi hermano no me iba a prestar a menos que antes le devolviera los mil que me había dado para la plaqueta de sonido.

–Vendo la computadora –le dije.

–Mejor robemos.

Quinientos dólares era mucho menos que novecientos pero para nosotros era casi imposible conseguir ese dinero antes de abril, cuando volviéramos a cobrar las clases. Y ya iba a ser muy tarde. Lo mejor era regresar inmediatamente a Buenos Aires.

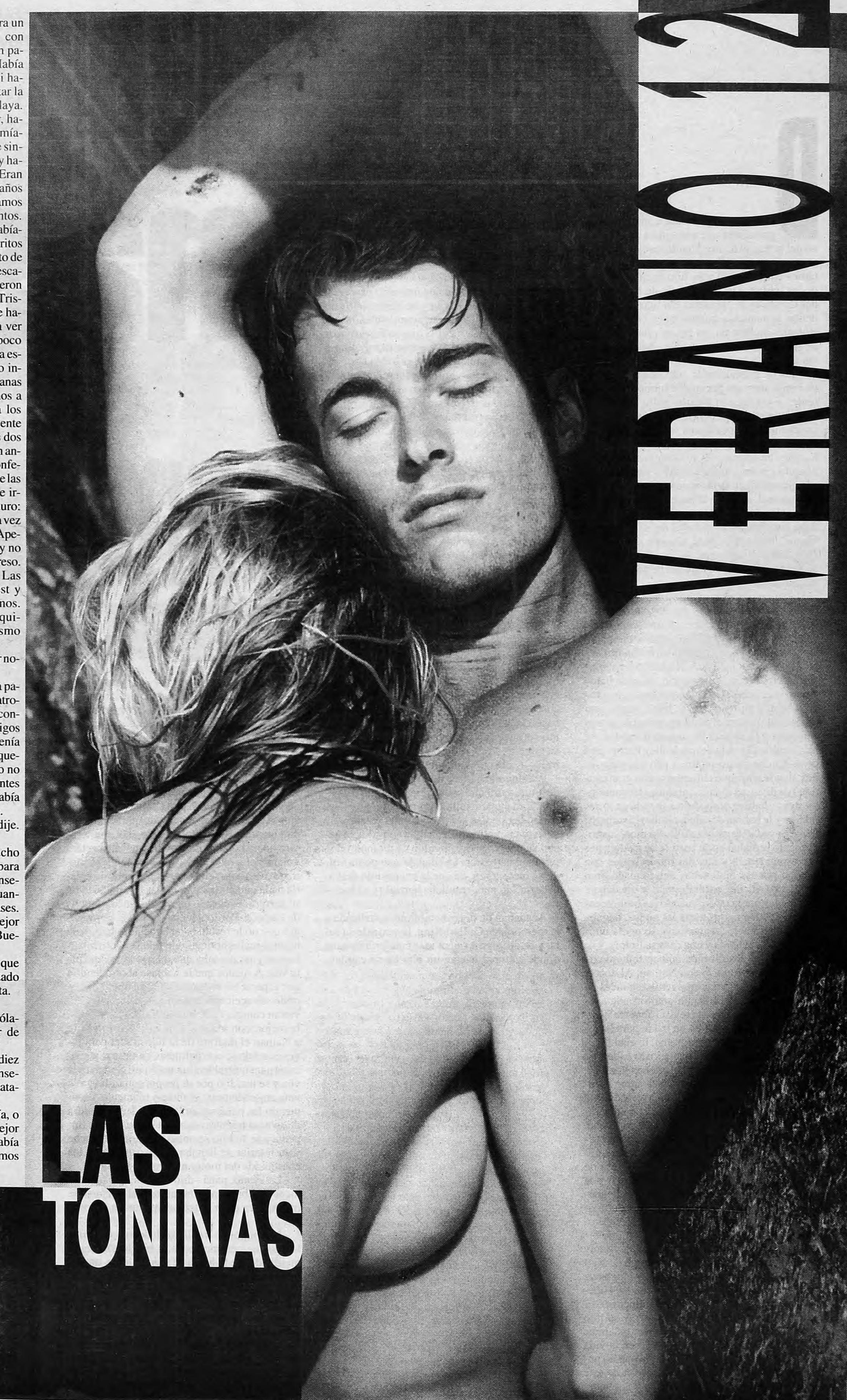
Se había puesto la bikini rosa que tanto me gustaba y había guardado el protector solar en su mochilita.

–¿Vamos?

–Nos quedan cuatrocientos dólares, podríamos volver y tratar de conseguir el resto.

–Cuando volvamos dentro de diez días ya vamos a ver cómo lo conseguimos. Y si no, robamos. O matamos a tu hermano.

Le di un beso. Ya no la quería, o tal vez sí. Ella tenía razón. Mejor quedarse. Después veríamos. Había sido un año duro y necesitábamos esas vacaciones.



más que humano

Por Michael Chabon

Durante la deprimente e incongruente primavera que precedió a su abandono del hogar, el doctor Shapiro sacaba su fuerza para seguir adelante y su consuelo de las tardes en las que él y su hijo hacían la ronda de las bibliotecas. El Servicio de Bibliotecas del Condado de Henrietta era rico y emprendedor, y mantenía guarniciones bien aprovisionadas incluso en los lugares más alejados de su imperio, así que en sólo unas pocas horas él y Nathan, como una horda mongol de ratones de biblioteca de sólo dos miembros, podían atacar una docena de bibliotecas diferentes y volver con un rico botín de últimas novedades del que podrían disfrutar durante catorce días, las cuales, en lo que a Nathan se refería, eran libros sobre béisbol, mitología y hazañas de los ratones civilizados. El doctor Shapiro estaba intentando aficionar a su hijo a la ciencia ficción, de acuerdo con la progresión natural, según la había experimentado él, de la infancia a la adolescencia, y le recomendaba las paranoicas novelas de su propia juventud, como *Slan* y *El hombre demolido* y *Qué formó el universo*, de las cuales Nathan prefirió la primera, cuyo joven protagonista tenía dos corazones.

Había una intensa competencia por conseguir los libros prestados durante catorce días en el condado de Henrietta, y ése era el motivo ostensible de aquellas incursiones semanales y la explicación que el doctor Shapiro daba a su mujer e incluso a Nathan. Su auténtico motivo era que durante toda su vida había tenido necesidad de pequeños rituales, una necesidad que últimamente se había vuelto casi incoercible porque el estado terminal de su matrimonio, y la tristeza de su nuevo trabajo –se había colocado en la Sunny Valley Farms, una pequeña clínica psiquiátrica privada para niños, donde tenía que enfrentarse con gran cantidad de diversas locuras infantiles bastante siniestras–, habían despojado a su vida de lo cotidiano y le habían dejado a cambio la sorprendente novedad de su pesadilla. Su pipa, su movimiento semanal en su partida de ajedrez por correspondencia y sus desplazamientos con Nathan por las bibliotecas del condado eran los únicos rituales normales que le quedaban. Los jueves por la tarde, cuando las bibliotecas permanecían abiertas hasta las nueve, llegaba a casa del trabajo, se duchaba, se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa limpia, y se sentaba a ver los últimos quince minutos de *Perdidos en el espacio* con Nathan. Al doctor Shapiro, que a la edad que tenía entonces su hijo había intentado, según una fórmula aparecida en un artículo de la revista *Science Wonder Stories,* crear vida en un balde para la colada, le gustaba aquel programa, lo cual le remordía la conciencia, y había visto cada uno de sus absurdos episodios al menos una vez. Cuando terminaba, él y Nathan dejaban a Rose y Ricky cenando, salían, todavía riéndose entre dientes, pasaban bajo la llovizna por entre las hortensias y se marchaban en coche. Mientras conducía por la sinuosa carretera secundaria que cruzaba pequeños pueblos y campos de maíz y llevaba hasta la biblioteca de Gunpowder Creek, el paisaje monótono y la conversación extravagante de su hijo le aburrían y le relajaban, y hacían que se sintiera casi contento y no estuviera tan pendiente del volante.

Les ponían apodos a sus colegas de Sunny Valley y a los compañeros de colegio de Nathan, inventaban largas retahílas de juegos de palabras sin sentido, cantaban versiones operísticas de las canciones de los anuncios... El doctor Shapiro tenía pocos amigos, y su hijo mayor, desde que dijo las primeras palabras, había sido su principal compañero en la vida que vivía en su imaginación. Sabía que no podía ser bueno para un padre depender de este modo de su hijo, y se reprochaba a sí mismo hacerlo; suponía que la suya no era una necesidad de adulto, ni mucho menos, y que debería haber abandonado hacía tiempo la tranquilizadora tontería de los juegos de palabras. En otros tiempos Nathan y él se habían pasado horas y horas inmersos en un universo perpetuamente en expansión de conversaciones sin sentido, pero a medida que se fueron haciendo mayores los dos, y a medida que su fracaso matrimonial y su deseo de hacerse rico y el paso del tiempo dominaron cada vez más sus pensamientos, aquellas horas se fueron reduciendo hasta las tres que pasaban visitando las bibliotecas todas las semanas. La necesidad del doctor Shapiro no había disminuido, sin embargo; muy al contrario, había aumentado en los últimos meses, a causa del cambio de carácter de sus conversaciones. Nathan tendía de modo creciente a plantear preguntas difíciles que requerían respuestas cuidadosas, pues le pedía que le explicase los anillos de Saturno, la separación de la India y el Pakistán, el metro de Nueva York... El ardor de la afición de Nathan por los hechos parecía estimular una corriente de simpatía por parte de su padre, cuyo corazón se aceleraba mientras se esforzaba, a pesar de las grandes lagunas de sus conocimientos, en proporcionar la mejor información que podía a su hijo.

Un jueves por la tarde, unos quince días antes del comienzo del verano, el doctor Shapiro decidió que había llegado la hora de que se enfrentara a la prueba de explicarle a Nathan la amarga realidad del divorcio. Se sentía reacio a estropear su idilio semanal con aquella concreta relación de hechos tristes, pero llevaba retrasándola casi un mes, y el sábado siguiente –por increíble que pareciera– dejaría para siempre de vivir en la misma casa que su familia. Tenía que ser aquella noche.

Era una noche de viento y agua, impropia de junio, y mientras conducía en medio del pálido, casi imperceptible crepúsculo, acariciaba la idea de irse sin decir ni una palabra, de abandonar realmente a Nathan como había hecho su propio padre, aunque de un modo distinto, un año atrás. La idea de que podía volverse incorpóreo, de que le era posible desvanecerse, sin más, resultaba horrible y seductora.

Acababan de dejar la biblioteca dedicada a la memoria de G. Earl King, la sexta de su ruta, y se dirigían a Lucci's, la cafetería italiana donde siempre hacían un alto en su camino. Nathan, que había estado inusualmente callado durante toda la tarde, tenía unos cuantos libros de bolsillo en equilibrio en su antebrazo derecho y trataba de jugar con ellos, haciéndolos saltar bruscamente y cogiéndolos con la mano antes de que cayesen. Los libros volaban por el asiento delantero una y otra vez, con la agitación de una bandada de palomas que alzan el vuelo sobresaltadas. Uno de ellos golpeó al doctor Shapiro en la cara, y el chico se apartó prudentemente antes de que su padre le pudiera devolver el golpe, pero el doctor Shapiro no respondió. La parecía que la carretera volaba debajo de ellos, que no habían encontrado ni un solo semáforo en rojo, que no existía nada que pudiera aminorar la velocidad de su carrera. Estaban a menos de cinco minutos de Lucci's. Por lo general, lo sabía, por razones que no le resultaban claras, le soltaba a su hijo las malas noticias o le reñía en los restaurantes, y no deseaba que pasase lo mismo esta vez. A menos que le hablase ahora, tendría que esperar hasta después de que hubieran comido sus aceitosos bocadillos de carne y estuvieran camino de la biblioteca de Cross Fork, la mejor, con mucho, y no quería estropearle a Nathan el disfrute de la lujosa sala para jóvenes adultos, con palmeras en tiestos y aparatos para reproducir microfilmes. Se aclaró la voz y se maldijo por su propia cobardía; ya se veía atascado hasta el último momento, escupiendo las palabras en la oscuridad del jardín de su casa mientras con una mano pesada impedía que su hijo se apease y paraba el coche y su interior se llenaba de los suspiros y los chasquidos del motor al dejar de funcionar.

–Lo siento, papá –dijo Nathan, que tras colocar los libros en un montón en el asiento que había entre ellos cruzó las manos en el regazo.

–No importa –replicó el doctor Shapiro. Luego fue consciente de la hinchazón de su mejilla donde le había pegado el libro, un dolor triangular en el hueso–. Fue un accidente.

–Sí, eso es –dijo Nathan–. Fue un accidente.

El chico le sonrió enseñando los dientes, y sus brillantes ojos detrás de las grandes pestañas parecieron falsos, un poco desajustados, como si su hijo fuera un muñeco torpemente realizado. Como la de sus padres, la de Nathan era una cara casi descorazonadoramente

Publicar una primera novela –Los misterios de Pittsburgh– y ser comparado de inmediato con Fitzgerald y Salinger no es cosa común. En cualquier caso, le ocurrió al joven Michael Chabon y el síntoma se hizo todavía más atendible con la edición de un volumen de cuentos titulado "Un mundo modelo" (Anagrama) de donde sale el relato que aquí se publica. Los lectores de "Wonder Boys" –su segunda y magistral novela, de próxima traducción– coinciden en el mejor elogio: ahora, además, Chabon se parece a Chabon.

vulgar, y creyó leer en ella la misma breve narración de rabia y confusión. Había decidido cien veces no mirar a sus hijos con ojos de médico, no prestar atención a los mensajes codificados en sus repentinos comportamientos extraños ni estudiarlos, y permitir que se ganaran su voluntad y le dejaran perplejo, pero cuando miró a Nathan vio claramente que el chico era consciente, al menos de un modo confuso, del miedo y la vergüenza y el fracaso que su padre no se atrevía a expresar, y había empezado –accidentalmente– a vengarse. De repente, la información que podía darle el doctor Shapiro se había convertido en un peso insoportable para él, en un cinturón de hierro en torno a su pecho.

–Pregúntame algo –dijo, con voz demasiado alta, quitando el pie del pedal del acelerador. El coche aminoró la marcha y luego circuló por inercia hasta detenerse en mitad de la Old Rolling Road, a quinientos metros del próximo cruce–. ¿No quieres que te explique nada?

Nathan miró por encima de su hombro hacia la ventanilla trasera y luego volvió la cara hacia el doctor Shapiro. Este se mordió el labio y al mismo tiempo sonrió con la ansiosa y seria sonrisa de alguien que se enfrenta con un estúpido e insignificante acto de gamberrismo de un amigo en una juerga de borrachos. Los pocos conductores que se habían detenido detrás hicieron sonar el claxon, luego pasaron bruscamente a su lado, agitando sus puños como si le dieran ánimos.

–¡Vamos! –le exhortaban–. ¡Dale al chico lo que se merece!

Durante un momento se quedaron sentados solos en el coche, en la vacía calzada, mientras Nathan parecía buscar el nombre de algo que no supiera o que hasta entonces nunca hubiera entendido.

–Si yo fuera un mutante –dijo el chico al fin, mientras su mirada caía en la llamativa cubierta de uno de los libros de bolsillo, una novela que se titulaba *Más que humano*–, ¿mamá y tú me lo diríais?

El doctor Shapiro soltó un suspiro que sonó como una carcajada débil y cansina.

–No –dijo. Había vuelto la cara hacia la ventanilla, avergonzado, incapaz de seguir protegiendo a su hijo–. Creo que dejaríamos que lo descubrieses por ti mismo.

Trató de reunir fuerzas para la frase que iba a pronunciar y volvió a pisar el gas. El coche adquirió velocidad y se dirigió implacablemente hacia el cruce. Abrió la boca para hablar, la cerró, la volvió a abrir.

–Entonces, creo que ya lo sé –dijo Nathan.

Había sido incapaz de resguardar a su hijo de las peligrosas radiaciones de la edad adulta, del conocimiento, del fracaso; no había sabido desviarlas para que no le alcanzaran, levantar un muro a su alrededor.

El día en que el doctor Shapiro se llevó sus cosas, él y su mujer habían enviado a Nathan y a Ricky al centro comercial con su amigo Edward, una decisión que, en conjunto, Nathan aprobó. Aunque una parte de su ser sentía curiosidad por ver qué pasaba cuando el padre de uno saca sus cosas, sus libros y discos y pipas, por la puerta –le gustaban las raras ocasiones en que el doctor Shapiro, hinchando sus barbudas mejillas, se dedicaba a un trabajo pesado–, aquella mañana había visto durante un breve instante una caja llena de sombreros en el suelo del dormitorio de sus padres, y la visión de un gorro ruso de piel negra que estaba retorcido como un cerebro y que Nathan recordaba que su padre llevaba durante algún día de invierno en blanco y negro antes de que naciera Ricky, le había llenado de tal nostalgia y enfado que estaba contento de pasar la tarde tomando pizza y deseando los juguetes del centro comercial de Huxley, cuyo aire estaba lleno del olor dulzón de las velas y el jabón, y del amargo del cloro de las fuentes.

Cuando volvieron a casa su padre ya se había ido. La señora Shapiro estaba sentada sola a la mesa de la cocina. Cuando entraron los chicos, se puso rápidamente de pie y, antes de abrazarlos, llevó dos tazas de café y un plato con migas de pan de la mesa al fregadero, ruborizándose de un modo extraño. Al recibir el húmedo abrazo de su madre, Nathan se sintió a la vez abrumado, ciego y despavorido, igual que se sentía a veces cuando un juego exigía de él que trepara por una caja de cartón vacía de la nevera o se metiera en un espacio muy pequeño. Se retorció violentamente entre sus brazos y se apartó.

–Si los dos os vais a pasar el día llorando –anunció–, no quiero estar presente.

Se sintió malvado al decir eso, y salió de la cocina muy confuso. Subió a toda prisa la escalera hacia su dormitorio, pero se dirigió inexorablemente a la puerta del de sus padres. Estaba entreabierta, y la empujó con la punta del pie, como si pudiera sobresaltar a un animal que durmiera en la cama. Había señales en la alfombra, se fijó, de la cómoda de su padre, de su mesa de trabajo, de su armario que siempre crujía, un dibujo de doce pequeños círculos como los puntos negros de una ficha de dominó. A Nathan no se le había ocurrido que el doctor Shapiro pudiera llevarse los muebles, y su ausencia, curiosamente, le hizo sentir pena por su padre, que ahora iba a tener que arreglárselas con tan poco. ¿Habría una cama en su inimaginable apartamento? ¿Habría una mullida butaca reclinable de cuero?

Se quedó quieto en medio de la habitación semivacía durante un minuto, más o menos, hasta que su mirada cayó sobre una papelera que estaba al lado del espacio que había ocupado la mesa de trabajo de su padre. Estaba casi llena de cartón de camisas y de envolturas blancas de perchas, pero en el fondo descubrió una bola arrugada de papel amarillo, que sacó y extendió en el suelo. Se trataba de una especie de lista, hecha por su padre, y Nathan se dio cuenta inmediatamente de que era una lista secreta, y de que una vez la hubiera leído probablemente desearía no haberlo hecho, lo mismo que siempre le había molestado el recuerdo de una carta de amor que encontró en una caja del sótano escrita a su padre por una chica que había sido la canguro favorita de Nathan. Se tumbó boca abajo en el espacio donde ya no estaba la gran mesa de trabajo de madera de roble y leyó lo que había escrito su padre. La letra era clara y contenida, como si el doctor Shapiro hubiera estado enfadado mientras escribía.

"Resoluciones", leyó Nathan: "1) Nunca volveré a alzarles la voz a mis hijos. Ni a amenazarlos con el dorso de la mano. 2) No pensaré mal de ningún hombre o mujer, pues posiblemente nadie podría estar motivado por preocupaciones más triviales ni más banales que las mías. 3) Dejaré de llamar a mi padre y a mi madre por sus nombres, y procuraré recuperar lo que perdí cuando para mí se convirtieron en Milton y Flo. Es decir, querré a mis padres. 4) No presumiré de haber leído libros que no he leído, ni me atribuiré predicciones que nunca hice. 5) Dejaré de imbuirle a Nathan un enfermizo amor por los hechos, y no buscaré conocerlos con codicia y ansia de dominio, como he hecho hasta ahora. 6) Seré mejor padre. 7) Escucharé a Bartok todas las mañanas, y a Mozart antes de irme a dormir. 8) Dejaré de lado todas las ambiciones, excepto la que he abrigado desde los diecinueve años, cuando hice mi primera lista de diez resoluciones: amar y comprender el arte, los deportes, la ciencia, la literatura y la música, y convertirme, algún día, en un auténtico hombre del Renacimiento. 9) No tiraré esta lista."

Sintiendo náuseas y horrorizado como cuando miraba en los manuales de medicina de su padre las partes internas del cuerpo humano, la idea de que el doctor Shapiro ya había roto la resolución número nueve supuso un pequeño consuelo para Nathan. Cogió el papel, lo arrugó, lo mordió y lo partió por la mitad. Sonó el teléfono, y, por la suave e interrogante voz de Ricky en la cocina, supuso que llamaba el doctor Shapiro. Dentro de un minuto tendría que decirle algo a su padre, algo que éste nunca olvidaría porque sería lo primero que Nathan le decía en aquellas circunstancias nuevas y especiales. Nathan deseaba, y se lo pidió rápidamente a Dios, balanceándose sobre sus rodillas, que su padre rompiera también las otras ocho resoluciones, siguiera pegándoles a sus hijos, se durmiera mientras en la radio sonaban Harry Belafonte y Doris Day, y se aprendiera de memoria la altitud de las montañas del mundo. A Nathan le parecía que ninguna de estas cosas tenía la menor importan-



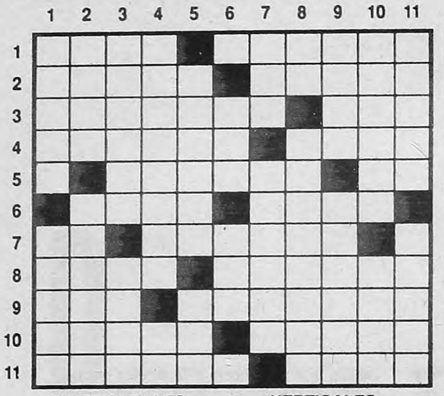
cia, y sin embargo habían motivado que el doctor Shapiro dejara la casa donde había vivido durante tantos años como una especie de gigante adorado, ocasionalmente peligroso, como un oso amaestrado e inteligente con un amplio repertorio de trucos. Por la lista, Nathan se daba cuenta de que el doctor Shapiro no sabía del constante placer que sus hijos obtenían de él ni de las leyendas y fábulas que habían fabricado a partir de su nombre. ¡Qué imposible era la vida de un padre!, pensó Nathan. El mejor hombre del mundo podía llenar un millar de páginas de magníficas resoluciones y, a pesar de eso, verse obligado a dejar su casa avergonzado.

–Escucha, papá –dijo Nathan cuando cogió el teléfono, dejándose caer en la parte de la cama abandonada por su padre–. He estado pensando. En serio. Puedes volver a casa siempre que quieras.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

J U E G O S

ortodoxo



HORIZONTALES

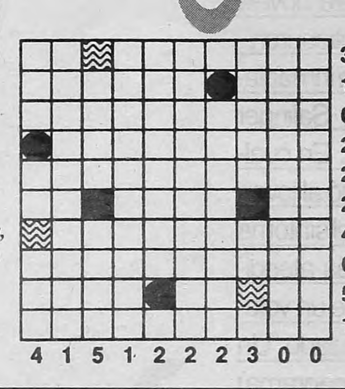
1. Fecha./ Pasad una cosa sobre otra con fuerza muchas veces.
2. Loco, demente./ Atrevido.
3. Cierras algo con tapón./ Punto cardinal.
4. Gran extensión de terreno arenoso./ Piedra muy sólida.
5. Ascendencia o descendencia de una familia./ Prefijo negativo.
6. Sufragio./ Juntar.
7. Prefijo que significa "dos"./ Cuevas de los osos.
8. Hermana y mujer de Osiris./ Romance festivo.
9. Tratamiento inglés./ Natural de Berbería, al norte de Africa.
10. Avance parcial en el desarrollo de una obra./ Anillo que por adorno llevan las mujeres en las orejas.
11. Que se refiere a la lana./ Fundió metales.

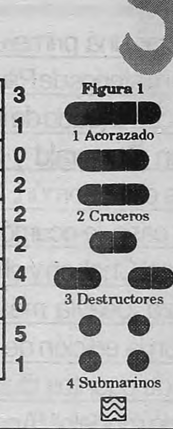
VERTICALES

1. Señalar bienes para una entidad./ Corte oblicuo en el borde de una lámina.
2. Roturar la tierra con el arado./ Va a ver a alguno a su casa.
3. Cúbralo./ País asiático, con capital en Teherán.
4. Estupefactos./ Consonante.
5. De muy baja estatura (pl.)./ Taberna.
6. Nombre de Dios entre los mahometanos./ Pieza que pasa por el centro de un cuerpo giratorio.
7. Chacó de fieltro, más alto por delante que por detrás./ Afirmará o negará algo poniendo por testigo a Dios.
8. Símbolo del osmio./ Volverá a nacer.
9. Valúo./ Reina de Castilla, llamada "la Católica".
10. Alegar./ Desafíe a duelo.
11. Cubren con oro./ Acción de poner a una persona en presencia de otra para averiguar la verdad de un hecho.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





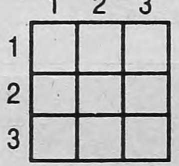
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
8	3	2	4	1	0
7	2	6	0	1	0
1	3	9	0	0	1
9	8	6	1	0	1
1	9	8	6	1	0

uno, dos, tres

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



HORIZONTALES: 1. Que canta por oficio. **2.** Empobrecimiento de la sangre. **3.** Dates en una cuenta.
VERTICALES: 1. Cinto para llevar cartuchos. **2.** Que se teme (fem). **3.** Locos o dementes.

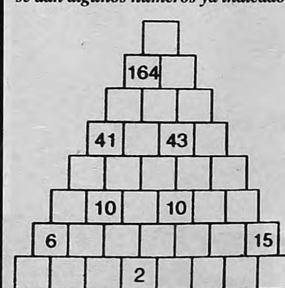
escaleras

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

A	B
DIVA	AIRE
ARIA	FRIO

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



acomodo

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

DODGE
FIAT
FORD
MAZDA
OPEL
SUBARU

¿anagrama o sinónimo?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Recale.
2. Leerás.
3. Ta
4. Búho.
5. Enfrentar.
6. Sanan.

VERTICALES
1. Cerdo.
2. Ra./Púa
3. Cobran.
4. Le./Nao
5. Are./ Se.
6. Retas.

solución

Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

escalera

A. Nadie, nadir, nadar, radar, radas, Rojas, todas, todos. **B.** Lavar, cavar, cavan, jalan, jalón, jabón.

número oculto

6031

batalla naval



¿anagrama o sinónimo?

M	O	T	I	N	■
A	C	U	D	I	R
R	A	P	O	■	E
I	■	I	S	A	■
N	■	D	■	C	A
A	S	O	M	A	R

uno, dos, tres

TR	AMP	A
AST	A	TO
O	RA	RAN

acomodo

A	T	I	C	O	
B	A	Ñ	O		
L	I	V	I	N	G
	P	A	T	I	O
		S	A	L	A
	H	O	G	A	R

ortodoxo

POLAR■DOLOR
AJENO■OJOTA
TE■ACERO■ES
IRA■ALA■ERE
NAVES■RUBOR
A■IR■P■NA■O
■AS■VER■NO■
O■OVARICO■I
SO■AROMA■OC
ATICO■ASADO
ROTAN■SONAR

pirámide numérica

370
191 179
101 90 89
56 45 45 44
32 24 21 24 20
17 15 9 12 12 8
7 10 5 4 8 4 4
2 5 5 0 4 4 0 4

Llame a la BOUTIQUE DE MENTE
Y adquiera por teléfono los mejores libros y juegos

Colección De Mente (20 títulos)
Súper Ejercicios de Pensamiento Lateral
P. Sloane y D. MacHale $14.-
Grandes Libros De Mente (7 títulos)
Secretos de un Superhacker (Para atacar –o defender– una computadora) $19.-
Juegos De Mente
Amazonas (el juego argentino que está triunfando en el mundo) $22.-

(01) 374-2050/7903
Fax 476-3829
Corrientes 1312, 8º piso,
(1043) Buenos Aires
Argencard / Mastercard / Visa
Banelco / American Express

